

DISCUSIONES

DOS DÉCADAS DE FILOSOFÍA DE LA CIENCIA*

MARIO H. OTERO
Universidad Nacional
Autónoma de México

1. Al proponer un principio de orden para el caótico panorama que ofrece la filosofía de la ciencia de las dos últimas décadas, Coffa acomete una tarea estrictamente necesaria a esta altura. Otra cosa es si ésta puede cumplirse de modo útil en la forma sucinta, esquemática, en que él mismo se la propone, sin arriesgar incompletitudes esenciales, a la vez que plantear en ese mismo marco, tesis que pertenecerían más bien a la prolongación de las dos décadas y, además, suministrar elementos de prueba para dichas tesis. La propia presentación es un *tour de force* dada la multiplicidad de tendencias, pero se podrían registrar numerosos señalamientos efectuados por Coffa especialmente interesantes en la medida en que se trata de aspectos pasados por alto a menudo (carácter pragmático del término 'conjetura' —p. 19—, y n. 2, p. 19, para no apuntar sino a dos ejemplos).

2. Debe preguntarse en primer lugar si el ambicioso proyecto que Coffa pretende llevar a cabo —aun bajo el título de *Notas para un esquema . . .*— no es excesivo en relación con la propia filosofía de la ciencia del período y especialmente en relación con los materiales que excluye.

Coffa prefiere no hacer referencia a las corrientes "continentales europeas", dadas sus dos porciones, una por él ignorada (?), y la otra por su modesta importancia. Excluye

* El presente trabajo es un comentario crítico al artículo de J. Alberto Coffa, "Notas para un esquema de la filosofía de la ciencia contemporánea", *Crítica*, vol. 6, No. 16-17, pp. 15-56.

además de hecho toda referencia a la filosofía de las ciencias sociales, sin especificar las razones de esta omisión y sin aludir de ningún modo a ella. Y nos dice, además, que la filosofía de la ciencia a la que hace referencia “se escribe en inglés”. Podría pensarse que limita su artículo a trabajos en esa lengua, cosa plausible si lo tomáramos como el intento de proporcionar una visión panorámica que sólo buscara divulgar un pensamiento poco conocido en un medio dado. Pero no se trata para nada de eso. Con toda claridad se refiere a la poca significación de (todo) lo escrito en (todas) las demás lenguas, lo cual constituye sin duda una exageración más que peligrosa. Por otra parte, Coffa escribe un artículo no trivial, de investigación, *en español*, lo que ya dice algo contra su afirmación rotunda. Podría ser todavía más peligroso que, aun contra la voluntad del autor, afirmaciones tan someras pudieran ser tomadas como apoyo a tendencias colonialistas —intelectuales y no— que ya tienen más que suficiente difusión en variadas latitudes. También podría preguntarse, con respecto a su eliminación de la filosofía continental, si en este momento no se elude con ella una función de importancia que es la crítica de tendencias del pensamiento ampliamente difundidas y utilizadas a menudo como disfraces de decisiones políticas o como profusas ideologías (sin entrar a considerar para nada la innecesaria crítica de filosofías jactanciosas o no). Justamente esa tarea crítica, paralela a la constructiva —y el artículo se sitúa por lo menos en parte en la primera— no debiera ser descartada sin más; por el contrario, cierta literatura proliferante debe ser necesariamente desactivada a tiempo, y ésta, si no la tarea primordial, debe ser tarea encarada en el momento propicio. Aunque no fuera más que por eso, la filosofía continental de la ciencia, con comillas o sin, debe ser tomada en cuenta así como significativos trabajos en otras lenguas también. Por lo menos, no debieran ser barridos con una frase.

3. Parecen algo más razonables otras limitaciones adoptadas por el autor para ordenar el presunto caos. Por un lado prescinde de considerar las subdisciplinas de la filosofía de la ciencia (a las que, sin embargo, alude: “tras la diversidad de tópicos y posturas, el ojo cauteloso puede ver” [en ellas] “al trasluz, la filigrana que dibuja la epistemología . . .”, p. 15); por otro, le parece necesario el sacrificio de tendencias y autores nada secundarios. La mutilación [expresión del autor] es a estas alturas significativa, pero se lleva a cabo para no sobrepasar un número sensato de páginas. Queda flotando la pregunta de si la tarea planteada en un inicio es abarcable dentro de estos límites. Lo dudamos. Habría que ver si el residuo (“lo que se suele describir como tres corrientes de pensamiento irreconciliables”, p. 16) es todavía representativo del cuarto de siglo al que hace alusión el autor.

4. Coffa parte de la consideración de la oposición entre Carnap y Popper (*circa* 1950) entre la construcción epistemológica de la pirámide de las teorías científicas desde abajo o desde arriba, en donde hay el supuesto común de la homogeneidad semántica de los elementos que la forman. La ciencia, caso paradigmático de conocimiento, estaría formada por enunciados-afirmaciones cuya asignación de referencia precedería la determinación de su valor de verdad. Para dichos “clásicos” todo enunciado de una teoría empírica es una afirmación; por el contrario, los axiomas de Peano por ejemplo, no son afirmaciones; pero tampoco lo serían para los “modernos” (a quienes se incluye en dos de las tres corrientes irreconciliables) los principios del conocimiento fáctico, que tendrían un papel semántico peculiar. Estos serían no refutables (p. ej. el principio de inercia). Coffa recuerda que la determinación de las condiciones de refutabilidad es imprescindible para un *refutabilista*, no bastando las condiciones de posibilidad lógica, porque de lo contrario la demarcación a que alude Popper se diluiría. La pirámide “moderna”, estaría compuesta de elementos heterogéneos. Para

Coffa, “el moderno *parte a la búsqueda* de una epistemología que le permita entender cómo es posible que un enunciado que no es una conjetura (afirmación), pues no es falsificable, sea a la vez “fáctico” (p. 24, subrayado nuestro).

No nos interesa por el momento (con la importancia que tenga) el punto referente al principio de inercia ni los varios datos indiscutibles (p. 24) del “moderno”. Nos interesa enfocar más bien algunos aspectos del retorno, en parte, a las soluciones de Kant (no sólo a los problemas) que Coffa, moderno kantiano, nos propone (o por lo menos nos propone como interpretación del sentido del desarrollo de la filosofía de la ciencia en los últimos veinticinco años).

5. Para caracterizar el período, Coffa lleva a cabo una exposición crítica del mayor interés (en cuyos detalles no entraremos) acerca de las semejanzas y diferencias entre los “modernos”, distinguiendo autores, que se centra en el tema de los principios categoriales, concluyendo luego con la enunciación de algunos problemas planteados en el curso de ese desarrollo. Se trata, para él, de saber cómo una línea de pensamiento con las características señaladas puede eludir el relativismo. Pero, justamente, a nuestro entender, la falta de salida —y promesas no valen como tales—, cuestiona totalmente esa evolución. El ‘todo vale’ (Feyerabend) y conclusiones similares —con modalidades variadas—, son el ‘fruto’ inaceptable a que conduce.

Resulta difícil ver, por ejemplo, cómo la hostilidad (o elusión) de Kuhn hacia el concepto de verdad —por más que éste presente problemas difíciles y confusos—, pueda eliminarse de su sistema sin alterar ninguno de sus ingredientes fundamentales (p. 48); a menos de admitir el relativismo, o simplemente permanecer sin salidas con respecto a él, o en una *búsqueda* con resultado incierto. Si fuera una posición que pudiera detenerse dejando intacto ese problema de la verdad (p. 48), habría que aportar efectivamente una salida, cosa que Coffa no hace (¿puede hacerlo sobre la

base que adopta?). El esquema del cuarto de siglo, *cargado* de ese modo, pierde pie en el pantano del relativismo que se *desea* superar. Si Kant “invita al rechazo idealista del mundo externo” (p. 31) y “si hemos de evitar la repetición de la aventura idealista” (p. 36), a la vez que formular una epistemología no idealista (p. 28-29), entonces puesto que no se plantean salidas al relativismo se ve cuestionado el esquema en su conjunto —con variantes posibles— basado en esta nueva interpretación neo-kantiana de los principios categoriales. No entro en el detalle de la argumentación, de por sí interesante, porque el resultado ya es suficientemente revelador. Bastaría por el momento con preguntarse si una visión del proceso de conocimiento científico que no aluda a momentos de la práctica es suficiente para encontrar la salida de los callejones a que conduce. Por otra parte, por dos veces, a propósito de Sellars y de Kuhn, aparece fugazmente el concepto de convergencia que sin duda merece ser analizado con más cuidado en lugar de descartado de un golpe a través de la insuficiente sugerencia de un movimiento pendular (p. 48).

La invitación a *contemplar* la epistemología desde otra perspectiva (p. 47) se queda corta por falta de una epistemología entera (¡no-subjetivista!) sustitutiva. No creemos que se trate de momentos poco felices, sin fortuna (p. 48) de uno u otro autor sino de algo que condiciona toda la interpretación realizada de las “caóticas” dos décadas. Kant ha planteado, sí, problemas, insertando su pensamiento en una ciencia natural-exacta en marcha (de ahí, en un sentido nada despreciable, el “desde Kant”), pero una interpretación peri-kantiana del período no parece hoy conducente.

6. La pregunta de si tiene sentido hablar de la verdad de los enunciados categoriales, “la conciencia clara o confusa” de que los componentes esenciales de una teoría científica no son afirmaciones (p. 49), lleva a Coffa a decir: “*Lo que no quiere afirmarse es que no haya conexión alguna entre*

tales enunciados y la realidad” (p. 49, subrayado nuestro). Lo que se afirmaría sería sólo que la conexión es distinta a la “clásica” *sin especificarla de ningún modo*. Lo que sólo conduce, hacia el fin del artículo, a una prudente (?) espera hasta que el esfuerzo intelectual propio o ajeno haya rendido sus frutos o evidenciado su ausencia (p. 50).

Entre tanto, el relativismo mantiene su condición de impropia filosofía de la ciencia; sobre la base de la interpretación comentada sería el emergente inútil e ideologizante de dos buenas décadas.